

JERZY KUHN

## EL INQUILINO

TRADUCCIÓN DE ANA BALABÁN Y JULIO RICCI

**N**O ESCUPIRNOS ERA EN NUESTRAS NUEVAS RELACIONES CIERTA forma de compromiso tácito.

Solíamos encontrarnos en la cocina, donde cada quién se hacía su té y se preparaba huevos pasados por agua. Nos dábamos los "buenos días", que era también una forma de compromiso. Lo pronunciábamos del mismo modo, con una especie de rígida dignidad. Inclínabamos ligeramente la cabeza y hacíamos énfasis en el "buenos", como si así tuviera que ser, pero en realidad era un "buenos días" único, exclusivo de nosotros dos.

Él venía siempre a la cocina con una gruesa bata blanca. Debajo ya tenía puesta la camisa y la corbata. Se le veían también los pantalones de la pijama negra, una pijama de seda con ribetes rojos. Yo usaba inalterablemente los mismos *jeans*, camisa a cuadros abierta, y andaba despeinado y sin afeitarse.

A pesar de la diferencia en nuestro vestir, nuestros "buenos días" se expresaban todas las mañanas con la misma dignidad y distancia. Yo sabía que él siempre tenía ganas de escupirme a los pies. A mí me ocurría lo mismo, pero como existía ese compromiso no nos arrojábamos ningún escupitajo. Sólo decíamos "buenos días" y nos entregábamos a la preparación del té, cada uno en su propia tetera.

Él miraba a hurtadillas, observaba con el rabillo del ojo cuando yo dejaba caer las hojas, ya desenhebradas, en la tetera. Siempre quería saber cómo hacía yo la infusión, pero nunca lo lograba. El amor propio no le permitía preguntar y la preparación del té era en realidad una causa más de desencuentro en nuestras relaciones.

Daba vueltas por la cocina y fumaba en pipa, en una pipa holandesa de tubo largo. El tabaco, comprado en los almacenes de lujo, despedía un olor agradable. Yo sacaba mi extrafuerte que, como decía él a sus invitados, ensuciaba el aire. Lo encendía, inhalaba profundamente y expulsaba el humo despacio, de pie, como un guardián, delante de la hornilla de gas.

Cuando el té estaba hecho, cada uno vertía el líquido en su vaso. Inmediatamente después, nos retirábamos a nuestros respectivos cuartos.

Terminado el desayuno me sentaba a la máquina. La vieja Mercedes tecloteaba y chirriaba y el conde se paseaba nervioso por su cuarto. El ruido de la máquina lo molestaba. Tenía ganas de golpear en la pared y gritar: "¿No sería ya hora de que terminara?", pero nunca se decidía, pues se sentía frenado por el compromiso, por ese maldito compromiso que nos llevaba a reventar de irritación.

A eso de la una yo salía para el centro. Lo encontraba en el vestíbulo. Se ponía entonces el abrigo y el sombrero y se

arreglaba la bufanda delante del espejo. Tanto él como yo nos vestíamos lentamente. Ambos esperábamos que el otro terminara primero y saliera para no tener que ceder el paso en el angosto marco de la puerta. Todos los días era la misma historia y todos los días terminábamos de vestirnos al mismo tiempo. Nos encontrábamos invariablemente en la puerta y se producía entonces una conversación mímica y gestual.

—Por favor, usted primero (breve movimiento de la mano derecha).

Movimiento negativo de la cabeza e idéntico movimiento de la mano derecha:

—Pero, por favor, usted primero.

Movimiento impaciente de la barbilla (del viejo):

—Bueno, salga de una vez, ¡grosero!

Movimiento impaciente de los hombros (mío):

—¡Idiota!

Luego, otra vez un breve gesto elegante de la mano derecha, abierta, de la cintura a una posición paralela al costado:

—Pero, por favor, tenga usted la bondad.

Otro gesto igual:

—Por favor, usted primero...

Eso duraba por lo menos dos o tres minutos. Al final, uno de nosotros fingía que había olvidado algo y regresaba a su cuarto. El paso quedaba libre y el otro por fin se iba.

A la hora del almuerzo yo casi siempre cocinaba en casa, solo. Él no se acercaba a la cocina. En esos momentos se hallaba en el centro, en compañía de unos cuantos condes y barones, que ya se estaban extinguiendo, y de coroneles retirados y señoras a las que se dirigía diciéndoles "Mesdames" y besándoles la mano con galantería.

A veces me preguntaba de dónde sacaban el dinero para frecuentar ciertos locales, para sus cenas y la gran vida que se daban, pues no trabajaban en ningún lado, habían sido despojados de sus riquezas y se hallaban forzosamente situados en una nueva organización estatal. Me preguntaba cómo mantenían su dignidad, sus viejas normas y sus costumbres, encerrados en un pequeño círculo, sin tener en cuenta para nada lo que pasaba a su alrededor, tratándose de "señor conde", "señor coronel" y viviendo como raros peces en un acuario, orgullosos de su originalidad y menospreciando a los mirrones que aplastaban las narices contra el vidrio de la pecera.

Volví cuando yo ya había almorzado —por lo general papas fritas y morcilla, a veces un pepinillo y un vaso de vodka o cerveza— y colgaba el saco, el bastón y el sombrero en el perchero del vestíbulo. Se cambiaba en su cuarto. Se ponía la bata y luego iba a la cocina a hacerse un café.

En ese momento yo por lo general lavaba la vajilla del almuerzo. Nos encontramos de nuevo y nos saludábamos por segunda vez. Ambos teníamos renovadas ganas de escupirnos a los pies, pero volvíamos la cabeza en dirección contraria y nos entregábamos concienzudamente a nuestras tareas.

A las siete de la noche llegaban sus huéspedes. Por lo general a esa hora yo me rompía la cabeza con la traducción de algún poema o leía acostado en el sofá. No podía quejarme de ellos. Eran muy tranquilos y se comportaban bien, aunque tomaban bebidas alcohólicas que venían en botellas rectangulares y chatas con rótulos en distintos idiomas que luego él traía a la cocina. A veces oía a través de la pared una risa contenida o una frase pronunciada en voz alta.

Se iban a eso de las once. Entonces oía conversaciones apagadas en el hall, un arrastrarse de pies, roce de abrigo y, finalmente, palabras de despedida.

Después, un portazo. Volvía al cuarto y se oía el chirrido del sofá. Luego había un trote rumbo al baño, entraba en la cocina, vertía el té y se lo llevaba a su habitación. También se oían las pantuflas que se arrastraban y el chillido de los resortes del sofá. Finalmente sobreveniía el silencio.

Así discurría la vida desde el día de la memorable conversación que terminó con el compromiso recíproco de no escupirnos, hasta el momento en que recibí un nuevo alojamiento y nos separamos para siempre.

Invitados, en el sentido cabal de la palabra, nunca los tuve. Es decir, cuando me mudé vinieron invitados una vez y luego se produjo esa memorable conversación que terminó en el compromiso.

Habíamos tomado una gran cantidad de vodka esa vez, hablábamos en voz alta y tratábamos de cantar. Él caminaba nerviosamente en su cuarto —se oían perfectamente los pasos, arrastraba las sillas y se las quitaba de enmedio al avanzar— hasta que terminó por cruzar el corredor y golpeó a mi puerta.

—¿No podrían hablar un poco más bajo? —preguntó mientras metía la cabeza por la puerta entreabierta.

De inmediato se volvió a su cuarto y siguió caminando.

No sé por qué, pero el hecho impresionó a mis invitados. Se hizo el silencio. La atmósfera era inaguantable. Todos permanecimos sentados sin hablar. Jugábamos nerviosamente con los fósforos. Cada uno contemplaba su propio lugar en la mesa. Pronto los invitados se despidieron y se fueron.

Llevé la vajilla sucia a la cocina. Los efectos del alcohol se habían desvanecido. Acababa de lavar un juego de tazas y de colocarlo sobre la mesa. Entró él, como siempre, con su piyama con ribetes rojos, sembrando el aroma de su tabaco extranjero (*half and half*, probablemente). Se paró detrás de mí y estuvo observándome mientras lavaba. Yo no prestaba atención aunque interiormente temblaba como una hoja. Siempre odié que alguien estuviera parado detrás de mí mirándome las manos. Lavaba los platos y los tenedores, los ordenaba agrupados sobre la mesa.

Carraspeó.

—Señor Lewiniak... —Así empezó. (Siempre me decía "Señor Lewiniak". Al presentarme, tal vez a propósito, no había oído bien la pronunciación de mi apellido.)

Recuerdo cuando toqué por primera vez el timbre de la puerta con la orden de la oficina de alojamiento en el bolsillo. Él había abierto la puerta en piyama y bata, con su larga

pipa holandesa echando humo, y me preguntó mientras levantaba sus pobladas cejas blancas:

—¿A quién quiere ver usted?

—Vengo a vivir aquí —le dije, mostrándole la hoja doblada de papel.

—¿Vivir? —me espetó mientras tomaba la orden (enarcando más las cejas), pero sin desdoblarla. —Pero, ¿caso yo le invité?

—Me invitó la oficina de alojamiento.

Entré pasando a su lado y cerré la puerta.

(En la administración ya me habían dicho que tendría problemas para ocupar el cuarto.

—Es un gran excéntrico —había dicho la joven empleada de la administración. —Conde —había agregado, dibujando con el dedo un círculo en la sien.)

—¿La oficina del alojamiento? —dijo con tono de asombro, poniendo el papel sobre la mesa del recibidor. —¿El alojamiento vive aquí?

—No vive, pero manda —contesté e ignorándolo me quité el abrigo y lo colgué en la percha.

Estaba de pie, echaba bocanadas de humo y pensaba qué hacer conmigo. Finalmente se dirigió al cuarto que estaba a la derecha del corredor.

—Allá está el otro cuarto —indicó con un movimiento de la barbilla. Abrió la puerta y entró en su cuarto.

Dejó la orden sobre la mesita, sin leerla. Tomé el papel doblado y me lo puse en el bolsillo trasero del pantalón. Cuando me dirigía al cuarto indicado para verlo, asomé la cabeza en el corredor y preguntó:

—¿Cómo se llama? ¿No quiere presentarse? —dijo pasando a la forma impersonal del verbo, como queriendo demostrar su desdén.

—De Levignac —dije, acentuando a propósito el "de". No sé si escuchó bien la pronunciación completa de mi apellido. Abrió más la puerta, sacudió la cabeza, repitió dos veces "Lewiniak" y desapareció en su cuarto.

A partir de entonces me decía "Señor Lewiniak", siempre que consideraba oportuno honrarme con la forma "señor". Ese día lavaba yo los platos. Estaba parado detrás de mí y carraspeaba.

—¡Señor Lewiniak! —dijo, y se quedó en espera de mi contestación.

Permanecí callado. Esperó un momento, y al ver que no contestaba carraspeó de nuevo y recomenzó:

—Señor Lewiniak, no soporto al populacho.

En la palabra "populacho" había un sonido entre "l" y "ll" que daba a la expresión un matiz aún más desdenoso. Yo seguí lavando. —Sin embargo, permito que el populacho viva en mi casa —de nuevo con esa pronunciación especial.

Me di vuelta, puse despacio el plato lavado sobre la mesa y pregunté:

—¿De quién está hablando, señor? —e hice la finta de pegarle.

Él retrocedió un paso.

—Usted sabe de quién estoy hablando, señor Lewiniak —dijo con énfasis.

—De Levignac, señor conde —lo corregí acentuando el *de*.

Levantó las cejas igual que en nuestro primer encuentro.

—¿Cómo dijo, señor?

—De Levignac —repetí—. ¿Podría usted pronunciarlo con un poco más de cuidado?

Se sacó la pipa de la boca y vació la ceniza en el bote de la basura. Su semblante había cambiado. Parecía como si alguien le hubiera dado un susto. Se quedó parado un buen rato al lado de la puerta, mirándose.

—Con su permiso, señor de Levignac —dijo al final y salió.

Estaba secando el último plato cuando volvió para hacerse un té. Dio varias vueltas en la cocina, enjuagó el vaso y puso en él las hojas de té. Mientras tanto, yo secaba el plato lo más lentamente posible y esperaba a que saliera. Dejó la tetera, tomó el vaso de té y se detuvo en la puerta.

—Buenas noches —musitó inclinando la cabeza de manera apenas visible. En realidad, fue sólo un movimiento de la barbilla, un gesto en el que no vi desprecio.

Le respondí del mismo modo, con un movimiento de cabeza, y le dije: "buenas noches". Volvió a su cuarto, oí el chirrido del sofá, tomé el libro de Eliot, hojeé unas páginas y pronto me dormí.

A la mañana siguiente nos encontramos en la cocina, como siempre haciendo el té y preparando huevos pasados por agua. Nos dimos los "buenos días". Al decir "buenos días" hicimos una leve inclinación con la cabeza: un gesto insignificante que indicaba que nos respetábamos mutuamente, un gesto que ponía de relieve nuestra dignidad, un gesto sencillo pero pletórico de seriedad y distinción. Quiso escupir, me percaté, y lo mismo quise hacer yo.

Alrededor de la una se produjo la acostumbrada escena del vestíbulo: la invitación mutua, la inclinación de cabezas, la gesticulación desprovista de palabras. Finalmente, uno de nosotros cedía. Volvía a su cuarto fingiendo que había olvidado algo. Era la misma escena que se repetía como un rito cotidiano de nuestra convivencia.

Hace seis meses que recibí un nuevo alojamiento: una pieza con cocina y baño de la Cooperativa de la Construcción. En realidad, tres cuartitos liliputienses que cumplen la función de cuarto, cocina y baño unidos a un corredor en miniatura. A pesar de las dimensiones del cuarto (el del apartamento del conde equivaldría a los tres cuartitos juntos), estaba muy contento. Ahora era señor de mis dominios. Me había mudado lleno de euforia, como si de ese modo quisiera subrayar mi independencia.

Los primeros días me sentí como aturdido por la inesperada libertad. Caminaba sin rumbo del cuarto a la cocina (mejor dicho del cuartito a la cocinita) y preparaba y tomaba cantidades increíbles de té. Luego me vino la locura del amueblamiento. Pasaba los tres únicos muebles (el sofá, la mesita y el estante —el ropero estaba embutido en el corredor) de un lado a otro, los ponía en medio del cuarto, clavaba clavos en la pared, colgaba cuadros y reproducciones y cambiaba de lugar dos cuchillos y un sable (mi colección de armas blancas). Compré incluso un candelabro y, como no sabía qué hacer con él, lo puse en un rincón del cuarto. Hacía miles de combinaciones diferentes para descargar mis energías, para habituarme, pero no sirvió de nada. En mi propia casa me sentía incómodo y muy solo.

Al final organicé la fiesta de inauguración del apartamento. Los invitados trajeron bebidas que, sumadas a las que había comprado, constituían una cantidad imposible de consumir. Nos comportamos como seres libres y en una atmósfera de algarabía. No había nadie que tomara a mal nuestra alegría. Cantábamos a voz en cuello canciones polacas y rusas de los *zeks*. Me emborraché y estuve inconsciente hasta la medianoche.

Cuando los invitados se fueron me arrastré o, más bien, rodé hasta el baño, me mojé la cabeza bajo el grifo y me puse la bata. Con la bata abierta fui al corredor y me paré delante del espejo. Con una especie de menosprecio teatral contemplé mi borrosa estampa.

—Usted está borracho —me dije, tratando de darle a la voz un tono de desdenosa superioridad.

—¿Borracho? —pregunté enarcando las cejas.

—Sí, borracho. Se emborrachó como el populacho. —Caramba, me salió la "l" corriente, la del populacho.

Moví la mano con resignación. De un tropezón entré en el cuarto, desperdigando por todas partes las cosas de una valija desempaquetada, entre las cuales encontré una pipa, que había comprado días antes en los almacenes de lujo. Era una pipa corta, en forma de arco y con una gran cazoleta, tipo *Bel Ami*. No se parecía en nada a la pipa del viejo.

Con la pipa entre los dientes fui al vestíbulo, me paré delante del espejo y con una especie de compasión sacudí la cabeza.

—Parece que usted se emborrachó —dije.

—¿De veras? —levanté las cejas.

—Sí, señor, usted se emborrachó.

—¿Y eso qué? ¿Qué importa, *mon cher*, que usted me encuentre borracho? *Je suis un grand seigneur. Je suis un grand seigneur chez moi.*

Me tambaleé delante del espejo. Otra vez levanté las cejas. Una estúpida mueca de borracho se instaló en mi cara. Me saqué la pipa de la boca, la guardé en el bolsillo de la bata y me incliné, tocando casi con la frente la fría superficie del espejo.

—¿Y ahora qué? —repetí la pregunta mientras mostraba los dientes ante el espejo.

Me miré con atención y ya con mayor sobriedad.

—Váyase a dormir, señor de Levignac —dije con arrogancia.— Está tan borracho que no puede mantenerse en pie.

Aproveché el consejo, volví al cuarto y me eché en el sofá. Por la mañana me levanté con una terrible resaca. Más que caminar me arrastré hasta la cocina.

—Buenos días —dije en el interior del ambiente vacío. Incliné la cabeza, que me dolía espantosamente, con un movimiento apenas visible.

—Buenos días —contesté, sacudiendo la cabeza con negligencia. Preparé el té y volví al cuarto.

Levanté de la mesa los platos, los cuchillos, los tenedores y las copas sucias y llevé todo a la cocina. Apagué el gas que calentaba el agua del té que ya había hervido y empecé a lavar los trastes lentamente. Lavé todo con agua tibia del grifo en la pileta, tratando de no mover la cabeza que tanto me dolía (la mantenía inmóvil con el cuello duro y la mirada fija horizontalmente en la pared) y coloqué los utensilios en el secador.

La tarea duró un tiempo increíblemente largo, los movimientos eran como una película en cámara lenta. Pasó como una hora y media antes de que terminara de lavar. El té, mientras tanto, se enfrió.

Me retiré de la pileta cuidadosamente. Fue como si saliera de mi propia caparazón, hecha de yeso quebradizo o de vidrio, y tuviera miedo a que éste se deshiciera cuando yo sacase violentamente la mano o la pierna y, entonces, esta frágil y sutil capa se esparciera por todo el piso.

Vertí en el vaso la tibia infusión y salí de la cocina. Sobre el estante, en el cuarto, encontré un resto de vodka en una

botella. Lo eché en una copa y me lo bebí de un trago. El dolor de cabeza se me estaba yendo, me vestí a medias (pantalón, camisa y corbata) y me puse la bata. Encendí la pipa, me senté en el sofá (en ese momento lamentaba no tener un sillón de club) y comencé a hojear los diarios de la semana anterior al tiempo que me frotaba las sienes con la punta de los dedos.

El malestar se había ido (en buena hora, pues era cerca del mediodía) cuando se apagó la pipa. Empecé entonces a prepararme para salir. Todavía en bata, con la pipa apagada entre los dientes, llevé el vaso de té a la cocina. Cuidadosamente evité el lugar donde antes había estado parado lavando, como si estuviera aún allí, lo puse en la pileta y me retiré inclinando la cabeza.

—Que lave, que lave, que no se moleste —dije.

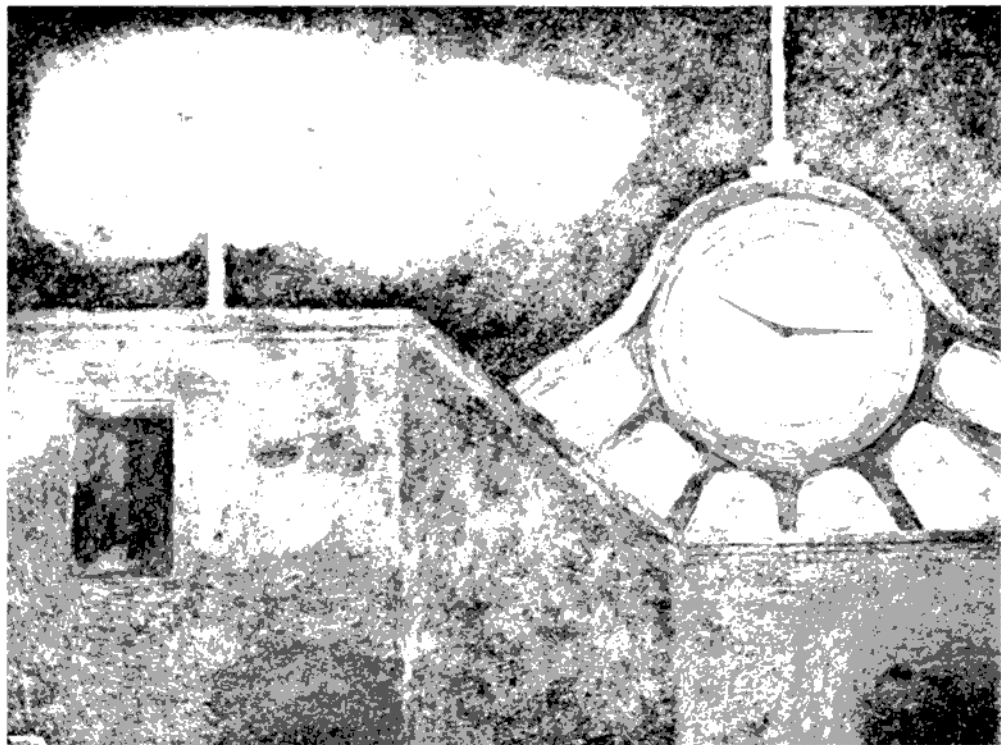
Volví al cuarto para terminar de vestirme. Silbando ya alegremente (el malestar había cedido sin dejar rastros) me puse la chaqueta, junté las cositas esparcidas sobre la mesa (el tabaco, los fósforos, el bolígrafo) y salí al corredor. Mi alegre silbido se interrumpió de repente. Miré alrededor.

—*Pardon* —soplé avergonzado. Demoré un buen rato mientras me ponía el abrigo, me abrochaba los botones y me arreglaba la bufanda. Ya completamente vestido volví al cuarto para ver si no había olvidado algo.

En el momento definitivo de salir levanté un imaginario sombrero al pasar frente al espejo del corredor.

—*Au revoir, cher comte* —dije al espejo.

Varsovia 1965



*Reloj del pueblo. Óleo, 1986.*